

Arte

“El hilo de las cosas”, de María José Romero

BLANCA GONZÁLEZ ROSAS

Es un acierto que el galerista Julien Cuisset presente una síntesis de la trayectoria pictórica de María José Romero en su espacio Lelaboratoire, en la Ciudad de México.

Mencionada el pasado mes de julio en numerosos medios por los reconocimientos que obtuvo su proyecto *Flow* en el *DNA Paris Design Awards* —una intervención pictórica monumental, a piso, realizada en la pista de patinetas del Parque Papagayo de la ciudad de Acapulco—, su propuesta creativa no debe acotarse a una sola obra. Por el contrario, *Flow* es parte de un proceso de exploración constante con estéticas informales y la práctica de *action painting* que ha tenido la artista desde su periodo formativo. Dos aspectos que forman parte de un desarrollo que, al incluir también el desarrollo cognitivo sobre los temas que interesan a la artista, se convierten en un acto creativo de manifestación holística que incluye pensamiento, conocimiento pictórico, emotividad y corporeidad.

Entender el juego de la vida es la vocación intelectual de María José Romero. Como ella señala, comprender el devenir del universo, captar las razones por las que estamos aquí y saber de qué estamos hechos tanto los humanos como las cosas, son algunas de las preguntas que trata de responderse a través de estudios de diferentes disciplinas, desde la astrología hasta la teoría de la complejidad. Convencida de que la libertad de pensamiento es el cimiento de la creatividad, la artista se ha despojado de todo tipo de estereotipos cognitivos.

Con una poética que se basa en la expresión psicoló-



Siete paneles. Serie “Infarto” (2012)

Galería Lelaboratoire

gica de la línea, la sensualidad del color y la presencia de entidades abstractas en movimiento continuo, la pintora ha construido un concepto y lenguaje artístico que se basa en el registro del instante presente. Autodenominadas como “anímografías”, sus pinturas son la representación icónica de sus estados anímicos.

Bajo el título de *El hilo de las cosas*, la exposición que presenta en Lelaboratoire incluye cinco series realizadas entre 2012 y 2018. No se incluyeron las sugerentes piezas producidas entre 2000 y 2008, en las que sutiles cromatismos —en verdes, azules, amarillos, rojos y blancos— se expanden en planos que se superponen, sugiriendo la existencia de dimensiones paralelas que son habitadas por formas ondulantes en movimientos cadenciosos y constantes. Pero la muestra permite conocer a una artista profunda de pensamiento y excelente en esa pictorialidad híbrida en la que el dibujo y el color se complementan para convertir a la pintura en una “dimensión” autónoma.

Realizada en dramáticos tonos rojos y negros, la serie *Infarto* de 2012 se basa en la presentación de volúmenes verticales que evocan arterias; éstas, a su vez, refieren al devenir de una relación en la que dos entes individuales se encuentran para posteriormente ser separados violentamente. Al margen de la narrativa, la expresividad de los colores se impone infiltrándose alevosamente en la emotividad de las y los espectadores.

Las incómodas emociones padecidas por la artista por el ruidoso caos urbano durante una estancia en Nueva York, se presentan a través de paisajes repletos de rayones negros

que, como los altibajos de una rueda de la fortuna, se integran en la serie *Roller Coaster Manhattan*. Vital y a la vez delicada en su explosión de líneas negras y atmósferas de manchas en tonos difusos en grises y blancos, la serie *Germinal* se refiere a la interpretación del surgimiento de la vida. Se complementa con la extracción de pequeños y limpios dibujos de formas caprichosas surgidos de las pinturas, los cuales, denominados simplemente *Semillas*, remiten a un origen en el que naturaleza, erotismo y creación pictórica son una sola entidad. ●

Teatro

“Las devoradoras de un ardiente helado”

ESTELA LEÑERO FRANCO

Antonio González Caballero escribe *Las devoradoras de un ardiente helado* en 1972, y rompiendo con el realismo en el que se le había encasillado, se aventura en un teatro del absurdo, con palabras inventadas, asociaciones libres y un lenguaje único que nos llena de regocijo. Su inventiva tan particular crea un mundo *sui generis* donde los personajes pueden hablar en verso o saltar de un tema a otro intempestivamente o dar significados distintos a las palabras y los objetos.

El contenido que sugiere Antonio González Caballero parte de una problemática familiar: las relaciones triangulares entre la madre, el hijo y la suegra, mostrándolas como relaciones que ahogan al individuo, tanto por la tradición de

la familia mexicana, como por los condicionamientos sociales. Así, una mujer se siente nada mientras no pueda tener un hijo, y sus frustraciones y enojos se acrecientan por lo poco que le ofrece su marido vestido de marinerito, como lo indica González Caballero: camas individuales, mínima atención y muchos berrinches.

Circe se inventa hijos intentando inventarse una razón de ser. El hijo-esposo, infantilizado, dominado por su madre que pelea con Circe su suegra para mantener el control. Mujeres devoradoras y competidoras entre sí, y al mismo tiempo aliadas que se quieren y se odian. Al esposo-hijo no le queda más que conformarse, hacer pucherros y de vez en cuando pretender liberarse de esa opresión.

La visión desesperanzadora y crítica que tiene el autor sobre las relaciones típicas de la familia mexicana no deja de tener vitalidad y alegría, y explica un poco esa sensación de los personajes de impotencia y frustración, acompañada de desamor, amor intenso y destructivo.

Emmanuel Márquez, director y adaptador de la obra, y discípulo del autor en algún momento, crea una obra de teatro colorida y vibrante con una estética *drag* que realiza la propuesta dramática. Las atractivas pelucas y aditamentos para la cabeza diseñadas por Shayra Kämpfer crecen al personaje, al igual que el maquillaje de Little Miss Salma que remarca esta farsa enloquecida conformada por arquetipos cargados de humor y exaltación.

El director retoma el teatro de revista y de carpa, donde se mezcla el canto, la sobrecaracterización, los gags y las mulletillas, resultando una puesta festiva y humorística con ingeniosos recursos escénicos y de movimiento.

Los actores son ellas: dos grandes Drag Queens interpretadas por Jorge Zárate como la madre y Misha Arias de la Cantolla como la esposa. El movimiento corporal de ésta es espectacular, un trabajo detalla-